



A la opinión pública

La decepción por la alternancia no debe llevarnos a la decepción por la democracia

¿QUIEN GOBIERNA EN MÉXICO? En medio de una inercia perversa, llena de inmovilidad política y de escándalos artificiosos, de lucha por el poder sin reglas, con un presidente que no responde a los reclamos sociales y un Congreso que integra mayorías para la conveniencia política, el Ejecutivo Federal está impulsando propuestas que amenazan los avances democráticos de nuestro país.

En efecto, hay iniciativas impulsadas por el gobierno que tienden a establecer en México un régimen que tuerce el derecho para imponer falacias y argucias legales, en contra de sus adversarios políticos, así como la violación de los derechos humanos en cuanto se pretende sustituir las responsabilidades del Estado por las de la persona, que nos rememoran los afanes de los sinarquistas.

Igualmente aberrante fue la reciente reforma electoral que termina por cancelar los derechos electorales a los ciudadanos, al elevar los requisitos para el registro de nuevos partidos, es una invitación a la abstención y a bloquear la participación de los electores, al mantener cancelada la posibilidad de los candidatos ciudadanos. Así, las elecciones se vuelven espacio que propicia el poder monopólico de los partidos, legalmente definidos como entidades de interés público, pero en los hechos las elecciones quedarán alejadas de las posibilidades ciudadanas. Pronto terminaremos en el escenario en el que sólo participarán los votos duros de los partidos, sin mayor interés para la ciudadanía.

En el campo de la seguridad social y las relaciones laborales, el gobierno federal a través del director del IMSS, junto con la mayoría del Congreso de la Unión, y con el apoyo del Congreso del Trabajo, aprobó una reforma anticonstitucional que obliga a los trabajadores a ceder sus derechos, a cambio de nada, como si fueran los únicos que tienen que responder por la situación de quiebra histórica del IMSS, descargando de su responsabilidad a la propia burocracia y a la dirección del instituto. Y, como en los peores momentos del presidencialismo priista, los charros corifeos del Congreso del Trabajo, en plena decadencia vital y moral, con Víctor Flores a la cabeza, en la máxima abyección a la que pudieran llegar, piden igualdad de condiciones para todos los trabajadores, es decir, reivindicar la miseria de los trabajadores mexicanos.

¿En dónde quedaron los compromisos firmados por Vicente Fox con la UNT y otras organizaciones sindicales y sociales? Por lo menos, nos queda claro que la palabra del presidente ha quedado en el vacío y no ha sido honrada.

Por otro lado, nos enteramos de las onerosas concesiones otorgadas para la explotación de nuestro gas natural a varias empresas extranjeras, al igual que de la creciente injerencia de compañías extranjeras en la producción de energía eléctrica. Todo esto sin orden ni concierto, en un aparente caos opacado por el ruido de los escándalos políticos.

El gobierno actual, desafortunadamente, no ha concluido, aunque esa es la impresión prevaleciente. Por sus resultados, no es cierto que éste sea un sexenio perdido. Ha crecido en este sexenio el desprestigio de México en muchos indicadores, sociales y económicos, así como el desencanto hacia la democracia, hasta dejar a México postrado para que llegue el mejor postor. ¡Buen trabajo, señor presidente Fox, ha logrado lo que nadie: abaratar a México!

El país atraviesa por momentos de gran intensidad política. La alianza de los partidos conservadores, el PAN y el PRI, parece avanzar hacia mayores definiciones. Después de que había sido intentada por el lado de Elba Esther Gordillo, finalmente se logró bajo el mando de Roberto Madrazo. La Reforma a la Ley del Instituto Mexicano del Seguro Social, iniciada por la charrería sindical, y amparado por la mayoría del PRI y el PAN, viene a corroborar lo que habíamos venido diciendo: el gobierno de Fox es el cuarto gobierno de la época neoliberal en México.

Ya desde su mensaje de año nuevo de 2004, llamado "a la mitad del camino", el Vicente Fox había reconocido que sus primeros tres años fueron de antagonismos inútiles y desgastantes. Desde entonces, la tónica del Ejecutivo ha sido y seguramente seguirá siendo la de la primera parte de su sexenio, es decir, la promoción desde la presidencia de los enfrentamientos estériles y la confrontación con las demás fuerzas políticas, en especial con las que representan un proyecto alternativo y competitivo para el 2006. Lo único que ha cambiado, en los últimos tiempos, ha sido la estrategia del PRI, que, en la perspectiva de restaurar su régimen en el 2006, busca cargar los costos del inicio de las reformas de lo que podría ser el quinto gobierno neoliberal —el neopriista—, al gobierno de Fox.

Frente a este panorama, tenemos que preguntarnos: ¿Cómo encauzar la vida política con el fin de que la sociedad, con sus decisiones y a través de sus representantes e instituciones políticas, pueda llegar a acuerdos y tomar decisiones? Ese es el problema más apremiante que enfrentamos los mexicanos y que requiere un esfuerzo importante de reflexión y de capacidad de acción.

Los enfrentamientos sin sentido y desgastantes han terminado por disminuir el buen ánimo y la esperanza que demostramos los ciudadanos para hacer el cambio político por la vía pacífica. Ese logro que obtuvimos, el Estado y la sociedad, en julio de 2000, para buscar la alternancia en el poder con madurez y respeto, a todos nos llenó de orgullo, a la vez que reanimó las expectativas de la sociedad y el prestigio de México en el mundo.

No obstante, el desgaste político que hemos sufrido a lo largo de tres años y medio ha dado paso a la desaparición del optimismo y, su lugar, viene creciendo cierto sentimiento de decepción que tiende a generalizarse, sumamente negativo para el país.

Más allá de los criterios de partido y de las perspectivas electorales de cada quien, el balance de la vida social y política de México en estos años resulta sumamente decepcionante. Ante la idea de la alternancia en el poder, que se hizo de manera tersa, la terna realidad ha sido la continuidad del estancamiento económico, la disminución del espíritu democrático, el repliegue de la vocación por la justicia y de la transparencia en la vida pública, el mantenimiento de la corrupción, la inseguridad, el corporativismo y la impunidad, escenario que llena de incertidumbre y frustración a las perspectivas de la transición hacia la democracia, lo cual debemos combatir y revertir políticamente.

Debemos combatir los visos de decepción, desencanto y descontento contra los partidos políticos, buscando mecanismos y prácticas que nos permitan trabajar conjuntamente en las medidas, que, al alcance de la mano, nos lleven a recuperar la ruta del crecimiento económico, que nos hagan avanzar más rápido y eficazmente en la consolidación de la nueva cultura democrática y en nuestros afanes de justicia social.

El problema político de México aparece, entonces, de la manera siguiente: la sociedad y los partidos políticos han generado una nueva realidad política, en el marco del anterior régimen institucional, el cual funcionó durante muchos años, pero ahora ya no resulta apto para encuadrar esa nueva realidad. En la realidad, durante los tres años transcurridos, bajo el supuesto de mantener la estabili-

dad económica, han permanecido intactos los fundamentos del régimen político, los que ha seguido funcionando de manera inercial. Ello ha impedido que las instituciones se ajusten adecuadamente a la nueva realidad, para llevar a cabo las reformas y las medidas capaces de profundizar la lucha contra los rezagos internos y externos.

Esa contradicción entre la nueva realidad y la vieja institucionalidad se ha expresado de la manera más adversa en los enfrentamientos suscitados entre el Poder Ejecutivo y el Congreso de la Unión, contradicción que hunde sus raíces en el papel de los partidos políticos frente a la nueva realidad democrática. Los resultados de ese enfrentamiento se han traducido en la parálisis que todos padecemos.

Tal inercia ha sido el mayor adversario de la política y los políticos. Entre todos se logró la conformación de una nueva realidad política, que, sin embargo, se sigue pasando como si fuera la anterior.

Por ello es urgente cambiar la idea y la práctica, las instituciones también, del ejercicio de la política. Si los partidos se han fortalecido, también los Poderes Legislativo y Judicial, así como los otros órdenes de gobierno. Conjuntamente al acotamiento que ello ha significado para el Ejecutivo, todos estos elementos constituyen esa nueva realidad política que tiene que ser reconocida más allá de las actitudes personales de los dirigentes de los poderes realmente existentes.

De no resolverse esos problemas y de proseguir la inercia, se abren serios riesgos y peligros, entre los que pueden destacarse la consolidación de la sensación del tiempo perdido; el incumplimiento de las leyes; el aumento de los rezagos internos y externos; la profundización de la erosión y la descomposición políticas; pérdida de la gobernabilidad y aparición de elementos desestabilizadores; pérdida de la cohesión social e institucional; transmisión de la división y polarización política a la sociedad y sus organizaciones; aumento de los sentimientos autonómicos en los estados y en sus gobernantes; pérdida de la cohesión federal y aumento de la tendencia a la "balcanización"; y, como consecuencia de ese conjunto negativo, el desprestigio de la democracia en su calidad de alternativa de régimen político, por mencionar sólo algunos de los hitos más importantes.

Una de las causas fundamentales por las que se ha impuesto la inercia política ha sido que el desplazamiento del PRI de la presidencia, no le siguió un proyecto de cambio a profundidad que permitiera impulsar la construcción de un nuevo régimen político.

En el vacío que se creó, ahora ocupado por la inercia, cada partido parece aceptar que un gobierno limitado e inhábil ocupe transitoriamente el poder estatal, mientras dichas organizaciones intentan rehacerse, en las nuevas condiciones, para ofrecer una cara más atractiva. Pero como continúan actuando bajo los esquemas anteriores en un nuevo terreno que no logran reconocer, caminan al viejo modo y estilo, lo que los hace casi insustanciales.

Vemos ofertas de candidatos, pero no ofertas realmente políticas; tenemos personalidades que conjuntan intereses grupales o clientelares, pero no fuerzas, tendencias o programas que formen proyectos, cuadros y movimientos políticos y culturales nuevos.

Es preciso construir una visión democrática del Estado, y crear los instrumentos institucionales de mediación, interlocución y consulta con la sociedad como un objetivo para elevar asimismo el nivel de debate entre los partidos y la elaboración de propuestas y alternativas.

Los acontecimientos de los últimos tiempos nos hablan de que el presidente se comporta de forma indolente, sin hacer frente a los fenómenos derivados del reiterado fracaso político respecto de los acuerdos que el país necesita. Es decir, de lo limitado y sesgado de las propuestas que vienen del propio gobierno y los intereses estrechos de los partidos en su simple función electorera. Lo cierto es que insiste en volver a intentar las reformas estructurales a su modo, pero sin modificar, hasta ahora, los esquemas de negociación ni tomar en cuenta las propuestas de otras fuerzas partidarias y sociales. Con la Reforma de la Ley del IMSS y el pretendido desafuero de López Obrador, parece que esa indolencia se convertirá en dependencia del PRI, lo que es sumamente grave.

En las condiciones expuestas, presenciamos la conformación de un escenario que ni siquiera pretende llenar los vacíos que dejó la derrota del PRI y la incapacidad del PAN.

Lo cual, sin embargo, tenderá a viciar la próxima consulta electoral presidencial. En el río revuelto, las fuerzas que más se ven favorecidas son los intereses oligárquicos tradicionales y los aliados del atraso, así como los que sacan provecho, como el crimen organizado, el tráfico de estupefacientes y de armas, etc., embozados a través de sus representantes políticos, y por supuesto nuestros vecinos del norte que se congratulan de nuestra falta de proyecto y de unidad.

Frente a la magnitud de los problemas de México no son suficientes las respuestas parciales, sino que se necesita encabezar e iniciar la conjugación de todos los esfuerzos para encontrar una solución en términos que no vayan más allá de una generación. Lapso suficiente para ensayar y encontrar otras respuestas para cada una de las corrientes ideológicas y políticas que integran el mosaico mexicano, pero la gran prioridad de hoy es trabajar conforme al paradigma histórico que entre todos hemos abierto: la democracia, la libertad y la equidad, valores que, junto con la solidaridad social y generacional, pueden darle una respuesta tangible y concreta a las demandas más sentidas de los mexicanos.

Exigimos, por tanto, al Ejecutivo Federal que responda a las demandas de la sociedad y a sus propuestas y dé inicio el diálogo, para establecer con acuerdos y acciones concretas las bases institucionales y políticas que garanticen la transición a la democracia, la gobernabilidad, la estabilidad y la unidad de la Nación.

TODOS AL PARO-PLANTON EN EL CONGRESO DE LA UNIÓN, EL MIÉRCOLES 1.º DE SEPTIEMBRE A PARTIR DE LAS 4:00 DE LA TARDE.

FRATERNALMENTE

"POR LA UNIÓN DEMOCRÁTICA DE LOS TRABAJADORES"

México, DF, 31 de agosto de 2004.

LA PRESIDENCIA COLEGIADA

Francisco Hernández Juárez

Dr. Roberto Vega Galina

Ing. Agustín Rodríguez Fuentes.